En un 20-N, me comentaba su hijo Joaquín, recordando la coincidencia con esta fecha, que realmente fue su padre el que dio la primera noticia de la muerte de Franco, ahora hace 33 años, y no el periodista Manolo Alcalá. Fue a éste, dormido profundamente en el momento del óbito, a quien despertó Vidal y le comunicó la noticia para luego Alcalá hacer de correa de transmisión de una noticia que le era ajena.

Dejó Vidal escritos con pluma de oro cientos de crónicas taurinas, entrevistas, libros y columnas, pero quizá lo que mejor se puede decir de él, es que fue un buen amigo y un mejor padre. ¿Acaso me equivoco amigo Juan Antonio Arévalo, o Joaquin Vidal, su hijo?.

Hoy con mi charla taurina pretendo reafirmar, porque de todos los presentes es conocido, y no olvidar, porque la memoria es muy frágil, que Joaquín Vidal ha sido, con José María de Cossio, el más grande escritor taurino del siglo XX, al igual que, como decía Ortega y Gasset, no se puede entender la historia de España sin la fiesta de los toros, acertamos hoy al decir que tampoco se puede entender lo ocurrido desde el punto de vista sociológico en la España de estos últimos treinta o cuarenta años, sin acudir a la literatura o a la obra de Joaquín Vidal, con centenares de crónicas y varios libros escritos.

¿Pero quién fue Joaquín Vidal?

Joaquín Vidal Vizcarro nace accidentalmente en Santander un 14 de septiembre de 1935 y muere en Madrid, muy cerca de aquí (en la clínica de la "Concha"), el 10 de abril de 2002.

Sus raíces antropológicas son levantinas y del maestrazgo castellonense y bien que le influyó el viento de Levante en su manera de pensar y escribir.

Fue Vidal un precoz aficionado y apasionado de los toros y murió sin dejar de serlo.

Con tan sólo cuatro años, su padre le sentó en sus rodillas en la mítica "andanada" del ocho. Y aquella visión, vertical y reivindicativa, de los toros que salía de aquella andanada, ya no le abandonaría hasta el final de sus días.

Su verdadero sacerdocio fue el periodismo, que lo ejerció en varios campos, desde la televisión, la dirección de la revista "Hoja del mar", como director del gabinete de prensa del Instituto Social de la Marina, y en la mítica revista La Codorniz.

Del diario “Informaciones” de Jesús de la Serna, en la madrileña calle de San Roque, paso a la redacción de El País, del que formó parte de su equipo fundacional; un noviazgo profesional que duró hasta su muerte.

Ejerció también la crónica local y costumbrista a través, del comentario radiofónico o la columna periodística.

Como periodista taurino empezó en el vespertino diario “Informaciones” al cual llegó de la mano de otro inolvidable crítico Alfonso Navalón, al cual desearía, si me invita mi amigo Rafael, dedicarle una conferencia el próximo curso en esta reconocida aula.

Navalón lo coloco de “sobresaliente de lujo” para cubrir la información taurina a la que el no llegaba.

Vidal enseguida destacó por su prosa de calidad y de original creatividad.

De “Informaciones” dio el salto, junto a su amigo Cebrián, a El País, periódico que desde el primer momento abrió una sección dedicada a La Lidia, pues así lo impuso su fundador, D. José Ortega Espotorno.

Autor de más de 3500 crónicas, escribió, principalmente, dos libros “*Cuarenta años después. Temporada 1987*” y “*El Toreo es grandeza*”, editado en el mismo año, una delicatesen literaria de doce estampas taurinas cosidas a través de un relato que se configura como un compendio de la “tauromaquia vidaliana”.

Además, como buen trapero del tiempo que decía de sí Marañón, escribió varios prólogos a libros como “*Lo que confiesan los toreros*”, de Parmeno, “*La pierna del Tato*”, de William Lyon o esa rareza que fue en el management empresarial “*Arte, valor y al toro. Los valores taurinos en la gestión empresarial*”.

Con motivo de su fallecimiento se publicó el libro “*Crónicas taurinas*”, con prólogo de Juan Antonio Arévalo y Juan Luis Cebrián, que recoge 150 crónicas entre su ingente obra.

Dicen de él sus familiares y amigos que era una persona austera, aparentemente introvertida y algo adusto, seguramente como mecanismo de defensa para la impertinencia de la gente, uno de los pecados que mayor se conoce en España.

Según los que más le han conocido era un persona honesta, libre, insobornable, cargado de humor y de amor, de respeto a toros y a toreros, que odiaba a los manipuladores especialmente a esa clase taurina de ganaderos, empresarios, burócratas, presidentes, asesores y veterinarios condescendientes, que siempre estaban ahí al acecho para arruinar el mundo de los toros, mientras ellos o se enriquecían o miraban para otro sitio.

Poseía una honestidad periodística a prueba de bomba. Era temido por sus enemigos, como dice Juan Luis Cebrián en su emocionado prólogo en el libro-homenaje "*Crónicas taurinas*". Intentaron acabar con él pero no pudieron, precisamente porque el mismo Juan Luis, Spottorno, o Aguirre, el duque de Alba, le blindaron.

Era admirado y jaleado por sus lectores, temido por sus enemigos y siempre dispuesto a cantarle las cuarenta al lucero del alba, lo que no le impedía rendirse sin ambages antes la excelencia del arte y la entrega de los mejores en la plaza.

Dice su amigo Juan Antonio Arévalo en otro prólogo al mismo libro que no cambiaba por nada la libertad de expresión.

Su familia y su trabajo le importaban sobre todas las cosas, y por ello no les escatimaba el tiempo. Sirva como ejemplo la entrañable confesión que hace en el libro "*Cuarenta años después*" al señalar que su máxima preocupación era la preparación y el resultado final del examen de su hijo en el colegio.

Escribía y leía todo el día, entre tabaco y café. El humor formó parte de su ser aunque, como dice su amigo Arévalo, fuera un "preocupa" de todo.

No le gustaban, abominaba, de los jurados y tampoco aceptó los premios que le ofrecieron, salvo en dos ocasiones muy especiales, una de ellas la entrega del premio Mazzantini que ahora lleva su nombre- en una inolvidable noche en el Mayor de San Pablo, en el año 2000.

Dice Arévalo de Vidal que ha sido el más grande de la literatura taurina. Y nadie le quita la razón. Para Rafael Conté, muchos años crítico literario de "El País" (falleció pocos meses después de impartida esta conferencia), "fue maravilloso, algo insólito en las letras españolas de hoy. Cada corrida analizada era un cuento o un microrelato. Consagró con su prosa uno de los idiolectos más dignos y acreditados del idioma castellano el de la jerga taurina, la cual Vidal la modernizó después de conservarla".